



El tránsito y la suspensión

6255

Adiós muchedumbres.
 Por José Ángel Cuevas.
 Editorial América del Sur,
 Santiago de Chile, 1989.

El problema, el interés crítico que genera la producción poética de José Ángel Cuevas, hace finalmente inútil la exculpación que éste inserta en la presentación de *Adiós muchedumbres* —su último libro—, en el sentido de “no pertenecer a vanguardia ni postvanguardia alguna”. La advertencia acaso habría que dejársela a impresos que delatan una mayor necesidad de la complacencia del lector para su mínima sobrevida.

En gran parte de los textos de *Adiós muchedumbres* (que es mayoritariamente una antología de otros libros del autor), el extravío y el exilio a los que el sujeto que escribe se expone en el estricto plano de Santiago, están en una correspondencia estratégica con su pertenencia y su permanencia en esta ciudad.

La nostalgia (ese pesado y latigudo material) ha sido trabajada por Cuevas con formulaciones muy precisas, casi desnudas. Aunque por ese lado podría emparentarse esta poesía con la de los llamados poetas lárnicos —de los años sesenta y sus inmediaciones—, justamente el caso es muy distinto. Estos últimos acusaron en su momento la asfixia de Bizancio sin especificar qué les impedía retornar a sus tierras de añoranza y dejar de experimentar el displacer. Por otra parte, si bien la poesía de Cuevas es ineludiblemente política y el 11 de septiembre de 1973 la cruza como una trizadura,

tampoco hay proximidad con cierta poética del exilio que recetó cantar desmesuradamente a una Itaca proscrita por decreto.

El trabajo textual de José Ángel Cuevas se distancia de esas tendencias en la medida que también prescindió de los gestos retóricos tan necesarios a ellas. Al parecer, la fragilidad del sujeto en tránsito y la fragilidad de sus propias referencias crean una poesía de anotaciones: fechas, recintos, direcciones, frases atrapadas accidentalmente por la memoria, apuntes de lo visto y oído en la agenda de un sujeto que recorre los espacios urbanos sin ninguna pretensión de protagonismo romántico, observador camuflado en las terceras filas, mimetizado en la trastienda, flaneur de bulevares tercermundistas, voyeur del cuerpo sórdido de una ciudad en perpetua expansión, testigo de fe de su striptease.

El derrumbe y la dispersión de ilusiones generacionales (a medida que avanza la reconstrucción nacional en los albores del régimen militar) es el peso gravitacional que mueve el péndulo de esta escritura. La caminata del sujeto por las calles es nada más que una cara de su suspensión: la vida va más rápido y siempre parece suceder en otro tiempo o lugar. De ahí a la compulsión por dejar constancia precisa del sitio exacto de los sucesos hay un paso, un riguroso principio de necesidad: “El 12 de julio de 1972 (como se recordará) a las 10:30 de la noche empezó a nevar sobre Santiago/ este suscrito esperaba micro en la esquina de Avda. Matta y Portugal”.

Roberto Merino